

poco á poco. En efecto, desde entonces, cada vez le recibió con mas frialdad, y todo se terminó satisfactoriamente. Esta es la única cuestion que hemos tenido en el espacio de cuatro años, si puede llamarse cuestion un amistoso diálogo. Adios, amigo Enrique; soy hombre. La desgracia me ha aplastado con su peso, me humillo y parto. La miseria y Natalia son términos imposibles de conciliar. Nadie podrá tener queja de mí; el balance entre mi activo y pasivo es exactísimo, pero si por casualidad mi honor quedase á descubierto no satisfaciéndose todas mis deudas hasta el último sueldo, cuento contigo. En fin, si ocurriese algo grave, puedes escribirme con sobre al gobernador de la India en Calcuta; me unen con él algunas amistosas relaciones, y se me guardarán las cartas procedentes de Europa. Deseo, amigo mio, encontrarte el mismo á mi vuelta; burlándote de todo, pero accesible al sentimiento ageno, cuanto este sentimiento es tan grande como tu nobleza. Tú te quedas en Paris, yo cuando leas estas líneas estaré gritando: ¡A Cartago!»

*Del marqués Enrique de Marsay al conde
Pablo de Manerville.*

«Es decir, señor conde, que te hundiste; el embajador ha zozobrado. Hé ahí todas las bellas cosas que hacías. ¿Por qué no fuiste franco conmigo? Si me hubieras dicho una sola palabra, amigo mio, te hubiera hecho conocer tu situacion. Tu muger no ha querido prestarme su garantía. ¡Pueda esta sola frase hacerme caer la venda de los ojos! Y si no fuese suficiente, sabe que tus letras de cámbio han sido protestadas á demanda de un tal Solonet, notario en Burdeos. Este usurero, en embrion, venido de la Gascuña tan solo para enredar, es

el pseudónimo de tu muy virtuosa suegra, acreedora real de los cien mil francos que no han llegado á tí sino mermados hasta setenta mil, por concepto de intereses. Comparado con Mad. Evangelista, el papa Gobseck era una seda, un merengue á la vainilla, un calmante, un tío rico sin herederos directos. Tu coto de *Belle-Rose*, será buena presa de tu muger, á la que su madre entregará la diferencia entre el precio de adjudicacion y el montante de su dote. Mad. Evangelista se quedará con Guadet y Grassol, y tambien son tuyas las hipotecas que pesan sobre tu hotel de Burdeos, cuyas escrituras están estendidas á nombre de unos espantajos que le procuró el dicho Solonet. De esta manera estas dos escelentes criaturas llegarán á reunir ciento veinte mil de renta ó sea el producto de todos tus bienes, amén de treinta y pico de miles de francos que las gattitas poseen en inscripciones del gran libro. La garantía de tu muger era inútil. El antes citado Solonet ha venido esta mañana á ofrecerme en reembolso de la suma que te he prestado, un traspaso en buena forma de mis

derechos. La cosecha de 1825 que guarda tu suegra en las bodegas de Lanstrac, le basta para pagarme. Estas dos señoras han calculado que al recibo de cualquier aviso mio ó ageno, abriéndote los ojos, estarías ya en alta mar, pero te envío mi carta por un correo particular á fin de que llegue á tiempo á tus manos, y puedas seguir mis consejos. He hecho hablar á este Lecuyer, y he recogido en sus mentiras, en sus palabras, y en sus reticencias, los hilos que me faltaban para hacer reaparecer la trama entera de la conspiracion doméstica urdida contra tí. Esta noche, en la embajada de España, cumplimentaré, lleno de asombro, á tu suegra y á tu esposa: haré la corte á Mad. Evangelista, abandonaré tu partido, diré pestes de tí, pero astutamente, pues si me propasase, descubriría antes de tiempo mis intentos esa Mascarille con faldas. ¿Por qué te has enemistado con ella? Hé ahí lo que yo deseo saber. Si hubieras tenido el talento de enamorarte de la madre, en vez de entontecerte por la hija, quizás hoy fueras par de Francia, duque de Manerville, y embajador en Madrid. A haberme

llamado á tu lado cuando andabas ya en tratos con ellas, yo te hubiera ayudado á conocerlas, y las hubiéramos analizado antes de contraer ningun compromiso: algunos útiles consejos te hubiera esto reportado. ¿No era yo el único amigo tuyo, capaz de respetar á tu muger? Debía yo infundirte temor? Esas dos mugeres; despues de haberme juzgado, me han cobrado miedo y han procurado separarnos. No te hubieran devorado á no estar tú tan sério conmigo. Tu esposa ha entrado por mucho en el enfriamiento de nuestras relaciones de amistad; como que la aconsejaba su madre, á quien ella escribia dos veces á la semana, sin sospecharlo tú tan siquiera. He reconocido á mi Pablo en este detalle cuando lo he sabido. Dentro de un mes seré bastante amigo de tu suegra para que me esplique la razon de ese ódio hispano-italiano que te consagra á tí, el mejor hombre del mundo. ¿Te aborrecía ella antes de que su hija amase á Félix de Vandenesse, ó te echa á la India tan solo para que Natalia sea tan libre como puede serlo en Francia una muger separada de su marido, de cuerpo y bienes? Este

es el problema. Me figuro verte saltando y ahullando al leer que tu esposa ama con locura á Félix de Vandenesse. Si no se me hubiese ocurrido hacer un viage por Oriente con Montrweau, Ronquerolles y otros amigos que tambien conoces, hubiera podido decirte algo de esta intriga, que empezaba á enredarse cuando yo partí; entonces veia yo apuntar los gérmenes de tus desgracias. Pero ¿qué caballero bastante depravado se hubiera atrevido á sembrar entre vosotros semejantes discordias, sin haber oido antes alguna sinfonia conyugal? Quién hubiera osado estorbar á tu muger? Quién hubiera sido capaz de romper el ilusio- nado espejo en donde se miraba uno de nues- tros amigos? Acaso no son las ilusiones la riqueza del corazon? No era tu esposa, amigo mio, una muger á la moda, en toda la estension de la palabra? Tan solo pensaba en sus triun- fos, en su tocador; asistia á los Butos, á la Opera, al baile; se levantaba tarde, iba al Bos- que, comia fuera de casa ó daba banquetes en la propia. Esta vida es para las mugeres lo que la guerra para los hombres; el público

tan solo vé los vencedores, olvida los muertos. Si alguna dama de delicada complexion no puede soportar tal género de vida y muere, las que lo resisten deben tener una organizacion de hierro, hija de su escaso corazon y de su escelente estómago. En esto estriba principalmente la razon de la insensibilidad, del frio de los salones. Las almas bellas viven solitarias, las naturalezas débiles sucumben, y tan solo quedan en el mundo social los zánganos y los parásitos. Tu muger se acomodaba perfectamente á este género de vida, á la que parecia habituada ostentándose llena de lozanía y de belleza. ¿Qué inferir de esto? Fácilmente colegí que ella no te amaba, al paso que tú la adorabas como un frenético. Para hacer germinar el amor en aquella naturaleza silicea, no eras tú el mas á propósito, hubiérase necesitado un hombre de hierro. Félix es el complemento de Natalia. Verdaderamente no era cosa muy difícil el adivinar que tu esposa era indiferente á tu amor, y no mediando mas que un paso de esta indiferencia al olvido de los deberes, era de esperar que mas ó menos tarde

por pueriles motivos ó fútiles pretestos, cayeses en el abismo de tu deshonra. Creo que hasta hubiera podido referirte las escenas que mediaban todas las noches entre vosotros en vuestra cámara nupcial: no tienes hijos, amigo mio, ¿y no deduce de esto un millon de cosas, un espíritu observador? Ciego tú por el amor, no te era posible aperebirte de la frialdad natural en una muger, á la que has ido formando para Félix de Vandenesse. De no obrar así y haber notado su frialdad, debias haber atribuido, consecuente con la estúpida jurisprudencia de los casados, su fria reserva á virginal inocencia. Tú creias, sin duda, que ella permanecería virtuosa en una sociedad cuyas mugeres se dicen al oido lo que los hombres ni tan solo se atreven á insinuar entre sí, una sociedad en la que todo cuanto un marido no enseña á su muger es especificado, comentado bajo un abanico, riendo y charlando á propósito de un proceso ó de una aventura. Si tu muger amaba los derechos sociales que conquistaba con el matrimonio, sus deberes le parecieron un poco pesados. Tú no veias nada

de esto; tú te ahondabas mil abismos, pero los cubrías de flores; tú obedecías insensiblemente á la ley que rige al comun de los hombres, ley que habia yo deseado no prevaleciese contra tí. No te faltaba mas, amigo mio, para ser tonto rematado, sino que me vinieses diciendo: —Sería una intriga si me hiciese traicion: yo he hecho aquello, esto, haré mas aun, iré por ella á la India, etc. ¿Has vivido en París, Pablo mio, has tenido el honor de ser amigo de Enrique de Marsay para resultar ignorante de las cosas mas vulgares, de los primeros principios que mueven el mecanismo femenino, del alfabeto de su corazon? Suicidarse, ser encerrado en Santa Belagia, matar en desafio veintidos hombres, abandonar siete jóvenes, víctimas de una promesa, ser criado de Laban, atravesar el desierto, arrostrar el presidio, cubrirse de gloria, de vergüenza, rehusar como Nelson una batalla por besar un hombro de lady Hamilton, destrozar como Bonaparte el ejército del viejo Wurmser, delirar como Rolando, romperse una pierna por bailar seis minutos con una muger.... ¿Qué tiene que ver

esto con el amor? Si este sentimiento se determinase con tales hechos, el hombre sería muy feliz: algunas proezas hechas en un momento de deseo arrojarían en sus brazos la muger amada. El amor, Pablo, es una creencia como la de la Inmaculada Concepcion de la Virgen; se siente ó no se siente. ¿Para qué sirven los laureles, arroyos de sangre, riquezas, si ese es un sentimiento involuntario é inesplicable. Los jóvenes como tú, que desean ser amados por balance de cuenta, me parecen mezquinos usureros. Nuestras mugeres legítimas podrán debernos hijos y virtud, pero amor nunca. El amor, amigo, es la conciencia del placer que hemos sentido y que hemos hecho sentir, la certeza de sentirlo y hacerlo sentir; el amor es un deseo incesantemente en movimiento, sin cesar satisfecho, é insaciable siempre. El día en que Vandenesse hirió en el corazon de tu muger la cuerda del deseo que tú dejaste virgen, ni tan siquiera de recuerdo sirvieron tus excesos de enamorado y tus sacrificios de pasión y de dinero. Aquellas noches conyugales con tantas flores y tantos perfumes, ¡humo! tu

vida, ¡una víctima que sacrificar sobre el ara! tu vida anterior, ¡tinieblas! una conmoción de amor borraba todos tus tesoros de pasión. Para Félix han sido todos los encantos, todos los afectos y quizás gratis, aunque en el amor el convencimiento es tan firme con tan solo la creencia como con la realidad. Tu suegra, sin duda alguna, se colocaría al lado del amante contra el marido: á sabiendas ó á ciegas, no sé cómo habrá sido, ha favorecido el amor é intereses de su hija, contra tus intereses y tu amor. Hace ya quince años que estudio la sociedad y aun no he visto ninguna madre que haya abandonado á su hija en circunstancias parecidas. Esta protección es una herencia transmitida de muger á muger. Y ¿qué hombre podrá echárselo en cara? Tan solo algun redactor del código civil que creyó ver fórmulas donde no había mas que sentimientos. Los enormes gastos que te eran precisos con una esposa á la moda, tu fácil carácter y tu vanidad, procuraron los medios para desembarazarse de tí por medio de una ruina habilmente concertada. Debes concluir de esto, amigo mio,

que el mandato que me encargaste y que tanto me hubiera divertido con su cumplimiento, es nulo y no há lugar á él. El mal que deseabas prevenir no se ha podido evitar, *consummatum est*. Perdona si te escribo á la Marsay, tratando de asuntos que deben tener en concepto de graves. No creas que me chanco con la catástrofe de un amigo, como pudiera hacerlo un heredero sobre la tumba de su pariente, pero me dijiste que eres hombre, y te creo, te trato como político y no como enamorado. Figúrate que esta desgracia debe ser para tí lo que el sello infamante sobre el hombro de un criminal; abraza como éste una vida de oposición sistemática, declárate enemigo de la sociedad, y de este modo evitarás muchos dolores. El matrimonio te ha esclavizado hasta hoy, ahora podrás combatirle frente á frente. Pablo, yo soy tu amigo, en toda la estension de la palabra. Si tu cerebro hubiese estado encerrado en un cráneo de bronce, si hubieses mostrado antes esa tu tardía energía, te hubiera dado pruebas indudables de mi amistad, con confianzas que te habrían enseñado á caminar

sobre la humanidad como sobre una alfombra, pero cuando hablábamos de esas combinaciones, á las cuales debo la facultad de entretenerme en el seno de la sociedad parisiense, como un buey en la tienda de un vidriero, cuando te contaba con novelescas formas las verdaderas aventuras de mi juventud, tú lo creías, con efecto, novelas y nada mas. No puedo, pues, considerarte, sino como un enamorado en desgracia. Pero, consuélate, amigo mio, el papel que desempeñas está lleno de simpatía, y para mí nada has perdido. Dispon de mis bienes como gustes, que si bien es verdad que admiro á las bribonas, no es menos cierto que amo y aprecio al victima de sus trampas. A propósito de aquel médico que tan mal fin tuvo, conducido al patíbulo por un exceso de amor á su querida, te conté la historia, no menos entretenida, de un pobre abogado que ahora está, no recuerdo en qué presidio, marcado por falsario, y que queria reunir para su esposa, ¡la adoraba tambien! una fortuna de treinta mil francos de renta, pero que la pobrecita muger le denunció para verse libre de

él, y se fué á vivir con un amigo. Tú te asombraste con los otros tontos que con nosotros cenaban, dijisteis que aquello no podia ser cierto, pues bien, amigo mio, figúrate que eres el abogado, sin lo del presidio. Ni tan solo te perdonan tus amigos el que hayas escapado al fallo de un tribunal. La hermana de los dos Vandenesse, la marquesa de Listomère y todo su séquito, en donde tambien se ha alistado el pequeño Rastignac, un pícaro que ahora empieza á exhibirse: Mad. d' Aiglemont y su tertulia, cuyo rey es Carlos de Vandenesse, los Lenoncourt, la condesa de Seraud, Mad. d' Espart, los Nucingen, la embajada de España, en fin, todo un mundo hábilmente sugerido, esparce contra tí las mas infames calumnias. Eres un calavera, un jugador que has dilapidado néciamente tu fortuna. ¿Tu muger? Un ángel de virtud, que despues de haber pagado varias veces tus deudas, acaba de aceptar letras de cambio, cuyo capital asciende á cien mil francos. Felizmente tú te has hecho justicia desapareciendo. Si hubieras continuado la hubieras sumido en la miseria, victima de su

afecto conyugal. Cuando un hombre alcanza riquezas y poder, posee todas las virtudes de un epitafio; cuando se vé reducido á la pobreza, tiene mas vicios que el hijo pródigo. No puedes imaginar cuántos defectos á lo D. Juan hace tuyos la sociedad. Jugabas á la Bolsa, tenias hábitos licenciosos, cuya satisfaccion te costaba enormes sumas, y cuya esplicacion exige los comentarios y las burlas que solo puede soñar una imaginacion de muger. Los intereses que pagabas á los usureros eran crecidísimos. Los dos Vandenesse cuentan riendo á carcajada tendida que Gigonnet te vendia por seis mil francos una fragata de marfil, y que despues la compraba á tu ayuda de cámara por cien escudos para volver á vendértela: mas tarde la hiciste pedazos al apercibirte de que con el dinero que te costaba hubieras podido comprar un verdadero brick. A Máximo de Trailles le aconteció una cosa parecida hace nueve años, pero te sienta tan bien esta historia, que Máximo ha perdido toda su fama. En fin, es imposible que te lo diga todo, porque tú das argumento á una enciclopedia de enre-

dos, que las mugeres aumentan aun con su palabrería. En este estado de cosas, ¿no deben hasta las mas benévolas juzgar muy puesto en razon el consuelo de Félix de Vandenesse, (su padre murió ayer)? Tu muger ha obtenido un triunfo completo. Ayer Mad. de Camps me contaba todas estas bellas cosas en los Italianos.—No me digais nada, le contesté, sabeis muy poco. Pablo ha asesinado á Ezzelin, ha hecho morir tres Medora de la calle de San Dionisio, y creo (dicho sea esto en confianza) que está afiliado á la banda de los Diez Mil. Su intermediario es el famoso Jacques Collin, á quien la policia no ha podido echar el guante desde que se escapó de presidio; como que Pablo le tenia escondido en su casa. Ya veis; es capaz de todo, hasta conspira. Ahora dicen que se han ido los dos á la India, abrigando el proyecto de robar al Gran Mogol.—Mad. de Camps comprendió desde luego que no era propio de una señora distinguida como ella, el convertir sus bellos lábios en bronceada garganta veneciana. Muchos, muchísimos se niegan á creer esas tragi-comedias, y adoptan el